

Fecha 27.03.2009	Sección Al frente	Página 2
---------------------	----------------------	-------------



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

El asesino multitudinario

Quien lea las pruebas del último fiscal del caso Colosio, Luis Raúl González Pérez, no podrá dudar de que el magnicida es Mario Aburto Martínez, el mismo individuo que purga hoy una condena de cincuenta años en una cárcel de alta seguridad.

Fue Mario Aburto quien le disparó a Colosio, con su propia mano, con la pistola que él mismo compró, por las increíbles y confusas razones que dijo a sus captores en las primeras horas de su captura, después del crimen.

No hay duda sobre su identidad como autor material del crimen. La certeza pública sobre el hecho, sin embargo, es que hay también un autor intelectual, una mano inteligente y compleja tras la mano torpe y fulminante de Aburto.

Pensé alguna vez escribir una novela sobre el asesinato de Colosio. Lejos de ser el único. Todos los que hicieron o intentaron ese relato, para libro o televisión, querían seguir el tema del complot.

Pensé mucho tiempo cómo hallar un equilibrio entre la historia de un loco suelto y la de un complot orquestado.

No quería inventar el complot más o menos tópico a que invita la historia del crimen de Colosio, pero sí quería darle al

asesino cierta calidad colectiva, el toque de un perturbado que recoge la voluntad o el deseo de otros.

Encontré una respuesta en Fiodor Dostoievski y *Los hermanos Karamazov*. Una respuesta literaria, psicológica, moral.

El autor del parricidio de *Los hermanos Karamazov*, Smerdiakov Karamazov, confiesa su crimen ante su hermano Iván, el filósofo que sostiene que Dios ha muerto y todo está permitido. Smerdiakov dice a

Iván: Yo maté a nuestro padre para todos ustedes, los hermanos, que querían también matarlo. En especial para ti. Fui tu instrumento.

El homicida de la novela de Colosio que pensé escribir habría dicho algo parecido a Smerdiakov:

"Yo maté a Colosio a nombre de los muchos de ustedes que querían matarlo. A nombre de los muchos que soñaron bajarlo del lugar donde estaba. A nombre de los que especularon con ello y de los que desearon que la especulación se cumpliera. Fui el mensajero de las fracturas sociales y las pasiones sin control que hervían en el país en torno a Colosio. Fracturas y pasiones que muchos guardaban en su corazón, pero que yo tomé del aire. Oí esas fracturas, actué esas pasiones, cumplí la misión que algo multitudinario me pedían". ■■

acamín@milenio.com

